

S. TOMMASO D'AQUINO, *Contro la dottrina pestilenziale di coloro che distolgono gli uomini dall'abbracciare la vita religiosa*, Siena, Ed. Cantagalli ("I Classici Cristiani", n. 231), 1975, 142 pp., 12,5 × 18,5.

Ediciones Cantagalli, que ya contaba en sus fondos con una traducción italiana del *Compendium Theologiae* (1965), obra hoy agotada de Francini Bruni, acaba de añadir a su catálogo de clásicos cristianos la versión italiana de un nuevo opúsculo tomista. La traducción se debe al P. Bonifacio Borghini OSB, y la presentación y las notas son del dominico P. Tito S. Centi.

Este opúsculo que ahora comentamos, cuyo título latino es sobradamente expresivo (*Contra pestiferam doctrinam retrahentium homines a religionis ingressu*), constituye una obra polémica de tono menor. Fue redactada durante la última estancia parisina de Santo Tomás, en fecha incierta, que el P. Centi sitúa probablemente en 1270, aunque después del *De perfectione spiritualis vitae*, que es de principios de ese mismo año. Se divide en dieciséis breves capítulos, y fue redactada para salir al paso de la segunda crisis eclesiológica de París.

Como se sabe, a Santo Tomás le tocó en suerte ser protagonista destacado en las dos disensiones eclesiológicas. La primera estalló hacia 1254 y duró dos largos años. Comenzó con ocasión de la publicación del *Liber introductorius* de Gerardo de Borgo San Donnino, fraile franciscano imbuído de las doctrinas de Joaquín de Fiore, que extrapolaba notoriamente, hasta el punto de identificar las tres obras principales del Abad Joaquín con el supuesto Evangelio Eterno que el mismo Joaquín había predicho, sobre la base de una exégesis concordista del Apocalipsis. El calenturiento escrito del desdichado Gerardo fue el pretexto para que los maestros seculares de la Universidad de París, al frente de los cuales se encontraba Guillermo del Santo Amor, hombre de temperamento tenaz y de ideas fijas, descargaran sus iras sobre los frailes mendicantes, tanto dominicos como franciscanos. Desaparecido el pretexto, al ser condenado el *Liber introductorius* por Alejandro IV (1255), los maestros seculares arremetieron directamente contra los regulares, cuestionando abiertamente la misma razón de ser de los mendicantes. Con la condena de Guillermo del Santo Amor y de su libro *De periculis* (1256), las aguas volvieron a su cauce. Fruto de aquella agria polémica nos ha quedado el opúsculo tomista titulado: *Contra impugnantes Dei cultum et religionem* (1256).

Años más tarde volvió Santo Tomás a París (1269), donde tuvo que atender simultáneamente a tres frentes: luchó contra las doctrinas de Siger de Brabante y de los maestros averroístas; se defendió de los ataques a su persona que procedían de un sector conservador de los

teólogos parisinos; y tuvo que salir al paso de las críticas que Gerardo de Abbeville propalaba contra el proselitismo de los frailes menores. Consecuencia de su discusión con Gerardo fueron el opúsculo que ahora se ha editado en italiano, el *De perfectione spiritualis vitae*, las *Cuestiones Quodlibetales* III, IV y V, y una parte de la II-II de la *Summa Theologiae* (qq. 186-189).

Esta segunda polémica tuvo un tono notoriamente menor, si la comparamos con la primera, acaecida en la anterior década; pero debió de ser, en algún aspecto, más violenta. Al menos así lo parece por las expresiones que alguna vez Santo Tomás dirige a sus contrarios. El hecho de que bastantes de los argumentos empleados por el Aquinatese, para contestar a Gerardo, hayan quedado obsoletos con el paso de los siglos —a excepción de la sorprendente acusación de maniqueísmo que lanza contra sus contradictores—, es una prueba histórica de que se trataba de una discusión circunstancial, al menos en la vertiente práctica del tema debatido.

¿Cuál era, en síntesis, la tesis sostenida por el Angélico? En pocas palabras, y simplificando mucho sus desarrollos doctrinales, sus puntos de vista podrían formularse así: La perfección de la vida cristiana, que consiste en la virtud teologal de la caridad, se alcanza por la práctica de los preceptos de la Ley de Dios. Pero la observancia de los preceptos será imperfecta, si no va complementada por la práctica de los consejos, que son los medios o instrumentos para alcanzar la acabada perfección de la caridad (cap. VI, *passim*).

Hemos aludido antes a su sorprendente argumentación contra Gerardo y sus secuaces, a los que calificó de maniqueos. ¿En qué contexto? Gerardo argüía que las defecciones de los religiosos entrados en religión a edades tempranas probaban que nunca habían tenido vocación, y que, en consecuencia, debía evitarse que los muy jóvenes fueran llevados por sus padres a los monasterios y conventos. A lo cual replicó Santo Tomás en términos contundentes: si todo lo que puede corromperse, por el hecho de poderse corromper y corromperse de hecho, no puede ser obra de Dios, Dios no podría ser el creador de la materia y de todo el orden de seres contingentes, ni siquiera tampoco de la gracia santificante, que puede perderse por el pecado mortal. Pero esto es falso y fue sostenido en tiempos pasados por los maniqueos.

Terminamos nuestro comentario señalando que la breve introducción que precede al opúsculo, obra del P. Centi, es oportuna y esclarecedora. Y que la traducción italiana parece fiel al texto latino y es al mismo tiempo fácil de leer y grata, cosa que no siempre se alcanza, cuando se trata de verter escritos escolásticos a las lenguas romances.

J. I. SARANYANA